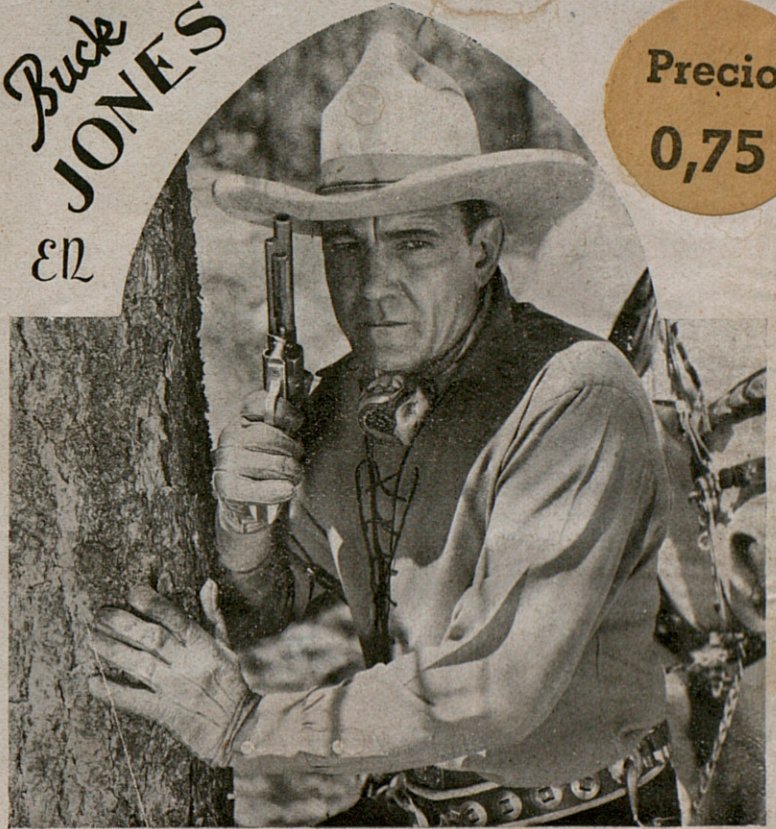


PUBLICACIONES *Cinema*

Buck
JONES
EN

Precio
0,75



BORDER BRIGANDS

1935

OJO POR OJO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

RAY TAYLOR *W*



UNA PRODUCCIÓN



DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Mallorca, 220

Teléfono 80035

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

BUCK JONES

y

una selección de los elementos
caballistas con que cuenta la
NUEVA UNIVERSAL.

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EN PREPARACIÓN:

ALARMA EN LA CIUDAD, interpretada por
BORIS KARLOFF y JEAN ROGERS

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI · BARCELONA

OJO POR OJO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

EL JURAMENTO

Cuando el corneta del fuerte esparció por todos los ámbitos de la rosa de los vientos el estridente toque de llamada, el regimiento de guardias federales canadienses vino a formar en la explanada con la disciplinada rapidez admirable que le era habitual. Esforzándose por no perder la formación impecable de la fila, durante el lapso de tiempo que medió entre el breve acto de alinearse y la aparición del comandante en el portal del caserón en que tenía establecido el cuarto de banderas, los soldados no cesaron de cambiar mutuamente miradas interrogativas y perfilar muecas de honda expectación. Preciso era que aquella llamada intempestiva, al anochecer y frente a los barreños humeantes de succulenta pitanza, fuese motivada por algún hecho de suma gravedad. En otra ocasión habrían podido suponer que su amado jefe los convocaba para anunciarles la concesión de un permiso o la celebración de una fiesta, pero ahora no: no era posible que mientras el fiero bandido Conida prosiguiese imponiendo su terror a toda la comarca, segando con sangre de honrados colonos y trajinantes las abruptas veredas y los salvajes desfiladeros, el pundoneroso comandante Barry tuviese el propósito de jalearse.

Al acercarse a sus hombres formados, las facciones del noble jefe estaban visiblemente alteradas.

—¡Muchachos! —arengó con voz vibrante y segura—. Aca-bo de recibir la comunicación de que el feroz bandido Conida ha asaltado el poblado de Albany. Un hombre muerto y otro herido, y la desaparición de doscientas mil pesetas, son el resultado del golpe de ese asesino que ha dicho que los guar-

días rurales canadienses son perros cobardes a los que, para colmo de descastación, les falta incluso el olfato. Como sabéis, hemos logrado prender a su hermano, que era su brazo derecho y alma de los crímenes más repugnantes. Ese va a morir fusilado esta misma noche. Vedle allí.

Y, esto diciendo, el comandante se ladeó, señalando con el brazo tendido una abertura enrejada que enmarcaba la cabeza de un hombre repulsivo que escuchaba sus palabras con suma atención y le dirigía fieras miradas de odio.

—Repito que, dentro de media hora, en cumplimiento de la Ley, vosotros mismos lo fusilaréis. Pero quedará aun merodeando por las montañas a su albedrío el propio Conida, con toda su banda, dispuesto a vengarse con el recrudescimiento de sus fechorías. Os he reunido para deciros que espero, de vuestro celo y de vuestro valor, una campaña dura e incansable para reducir a ese rufián. Sin que crea necesario especificar los pormenores y las causas, me hallo en el deber de deciros, precisa y lacónicamente, que la persecución de Conida ha entrado para todos nosotros en una fase extremadamente delicada, o sea en extremo peligrosa. Nada más. El sargento Joaquín que venga a mi despacho.

Los guardias rompieron filas, y mientras cambiaban las naturales frases de estupor por las enigmáticas palabras del comandante, Joaquín, el bravo sargento, que mientras su jefe hablaba había permanecido cuadrado y grave a la cabeza de su compañía, enderezóse al despacho de aquél.

—Joaquín —le dijo el comandante, fijando su mirada fulgida en los grandes ojos inteligentes del joven—: he recibido una carta de Conida. La audacia de ese hombre es increíble. Es preciso que hoy, ahora mismo, tomemos una firme decisión respecto a él. Toma, lee.

El arrogante guardia rural desdobló un papelucho estriado de venas transparentes de aceite que le alargó el comandante y leyó entre garabatos que denotaban mano zafia y ordinario.

«Si mi hermano es fusilado, mataré a uno de vosotros.—Conida.»

Joaquín quedóse unos instantes reflexivo, estrujando el papel entre sus dedos nervudos y toscos. Después, levantó la vista para mirar al comandante con un brillo angustioso. Era su hermano, y la lectura de la breve carta del salteador le había infundido una sospecha terrible: la de que quisiese vengarse matándolo a él como jefe supremo y responsable del puesto de guardias canadienses.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó al fin con inquietud, pero sin temblar.

—Sencillamente: cumplir con mi deber —respondió su hermano.

—¿Que es fusilar al hermano de Conida?

—Exactamente. Y eso será esta misma noche, dentro de una hora.

—Te apruebo la decisión. Sin embargo, creo que Conida cumplirá su amenaza.

—Yo también —manifestó Barry con serenidad sorprendente—. Desde este momento alguno de nosotros queda condenado a muerte.

Y, descansando efusivamente la mano membruda en la robusta espalda de su hermano, añadió:

—Pero hay todavía un recurso, un único recurso por decir mejor, una suprema esperanza para evitar que Conida lleve a la práctica su osada y temible amenaza de vengar a su hermano ajusticiado en la persona de alguno de nosotros.

Joaquín no despegó los labios, pero pestañeó con nerviosidad como acostumbra hacer cuando aguardaba una respuesta decisiva.

—Esta esperanza eres tú —concluyó el comandante, que conocía como la suya propia la férrea voluntad de su hermano.

—¿Yo? —exclamó Joaquín, dilatando las pupilas con estupor, no acertando a comprender en su modestia...

—Sí, tú. Conida no moverá su brazo homicida si antes tú logras paralizarlo con tu audacia, con tu valor y con tu pericia de explorador insuperable.

—Comprendo —murmuró Joaquín, bajando los ojos con el rubor inevitable de su simpática modestia.

—Todas mis esperanzas quedan depositadas en ti —ratificóse el comandante—. Estoy convencido de que cazarás a Conida con las mismas artes que empleabas cuando éramos chavales para atrapar a los lobos. Es el único medio de salvar mi vida, quizá la tuya...

—Bien —interrumpióle el fornido mocetón, visiblemente conmovido—. Trataré de ponerme a la altura de las circunstancias, y no cesaré hasta llevar a tu presencia a Conida vencido y atado.

Entrambos hermanos se estrecharon las manos con emoción y Joaquín abandonó el despacho con el propósito de comenzar la batida sistemática de las frondosas arboledas canadienses al día siguiente al rayar el alba. Tenía la conciencia clara de que lucharía por salvar la vida de su querido hermano.

Al día siguiente, apenas el sol dió sus primeras pinceladas de oro a los gigantes abetos de la selva, en el torreón de tabla del puesto de guardias canadienses la bandera nacional era arriada para ser sustituida por la enseña de duelo. El hermano de Conida había sido ajusticiado.

Joaquín contempló el cambio de banderas desde la silla de su brioso corcel. No pudo evitar un estremecimiento al considerar que aquella sencilla operación podía suponer la condena a muerte de su hermano. Con la ejecución del bandido prisionero quedaba en pie la amenaza de Conida, y nuestro valiente guardia canadiense sabía bien que el feroz salteador no echaba jamás en baldío sus amenazas supremas.

Al lado del bizarro caballista había otro jinete dispuesto a partir con él. Era Pepe, el cabo de la compañía, un gañán simpaticote, mucho más crecido que él, que le era fiel hasta morir y no lo abandonaba nunca.

—¡Uno menos! — exclamó, alargando el belfo rugoso como solía cuando ponía toda su alma en un pensamiento.

—Sí, uno menos: quiera Dios que no le siga uno más de nosotros. Pepe, tú has dicho más de una vez que en la vida sólo tenías dos grandes amores como objetivo y razón de ser...

Pepe se ruborizó con su enorme candidez de barragán que apenas había soltado dos requiebros a una mujer, suponiendo que su sargento se refería a cosas femeninas, y barbotó:

—Hombre, Joaquín... yo...

—Cállate: no seas precipitado. ¿Cuándo dejarás de ser un colegial? Naturalmente que, para no comprometer las amapolas de tus mejillas, en vez de «amores» debiera haber dicho «afectos...».

—¡Ah, eso es! —atajó Pepe, con los ojos chispeantes y una animación brusca llena de luz en todas sus fracciones—. ¡Eso sí... yo por ti y tu hermano sería capaz de...!

—Bien, Pepe, gracias —interrumpióle Joaquín dándole un espaldarazo de honda gratitud—. Pues, si eso es verdad, ha llegado el momento de demostrarlo. Conida ha jurado que, si matan a su hermano, se vengará en uno de nosotros.

Pepe soltó un terno y rechinó los dientes para contener su indignación.

—Es, ni más ni menos, como te digo, y la única salvación consiste en cazar a Conida antes de que pueda realizar su amenaza.

—¡Le cazaremos! —bramó Pepe, espoleando a su cabalgadura.

—Eso es lo que me propongo —aprobó el bravo sargento, imitando a su fiel escudero.

Instantes después se sumergían en la densa arboleda.

Poco podían imaginarse que, a pocos pasos de donde acababan de cambiar su diálogo, uno de los hombres de Conida, escondido tras unos matorrales, había asistido con una mueca cruel al izamiento de la bandera de duelo en la torre del caserón.

CAPITULO II

OJO POR OJO

Conida era el terror del Canadá. No tenía guarida determinada; albergábase lo mismo en un socavón de roca que en caserones de tabla abandonados por los cazadores nómadas en las profundidades de la selva. Tenía, no obstante, una preferencia por el poblado de Albany en el que alternaba los robos con una existencia placentera de tiranuelo omnipotente.

Conida era un sujeto de aspecto imponente: alto, corpulento, fuerte y brutal. Tenía unos ojuelos garzos, vivos y centelleantes, en los que la crueldad y el recelo no dejaban nunca de chispear. Era un tipo ladino que había sabido reunir una gavilla de diez y siete jayanes de la peor calaña e imponerse a ellos por medio del terror obligándolos a ejecutar todos los atracos y a entregarle el producto de los mismos mientras él aguardaba repantigado en alguna silla del café, bebiendo y retozando con las chicas del servicio. Era, en fin, un producto típico de bandolero del Oeste, símbolo de la cobardía, del odio, de la brutalidad y de la traición.

Cuando el espía vino a anunciarle que su hermano acababa de ser ajusticiado lanzó una maldición infernal, y, montando a caballo, dirigióse hacia el pequeño puesto de la guardia canadiense. Sus ojos chispeaban de ira y, en la forma con que hundía sus espuelas en los ijares de su fogosa cabalgadura haciéndolos sangrar, podía colegirse sin ningún género de duda que se disponía a llevar a efecto su criminal amenaza.

Siguiendo la inspiración de sus sentimientos cobardes, en una ruta en que debía atravesar territorios que estaban bajo la vigilancia y el dominio estrechos de la guardia rural, tomó, completamente solo, veredas tortuosas y agrestes que el pie humano no tocaba jamás.

Joaquín y Pepe, bien lejos de imaginarse que el feroz bandido se dirigía a escape a cumplir su terrible juramento, pasando a poca distancia de ellos, se habían apostado en la cresta de un desfiladero desde el que se dominaba una vasta extensión de raso y profundidades considerables de selva. Nuestro sargento saltaba de impaciencia en su silla.

—Si tú me ayudas con eficacia, Conida no pasará —dijo a su compañero.

Pepe torció bruscamente el torso, clavando su mirada penetrante hacia el fondo del bosque, en el que las escasas transparencias del follaje dejaban ver algo que lo atravesaba veloz, desapareciendo a intermitencias por la espesura como si fuese una lanzadera colosal que tejiera una red infinita.

—Joaquín, mira: ¿no es un caballo aquello?

El caballista atisbó hacia aquella dirección. Al mismo tiempo llegaba a sus oídos, clara y sonora, la pisada robusta, seca e inconfundible, de un caballo en la plena fuerza de su galope.

—Sí; es un caballo... y un jinete... Oye, Pepe: es Conida, ¿no te parece?

—¡Pues claro que es él! ¿Quién tendría que ser si no? —coreó Pepe, bufando de coraje.

—¡Adelante! —ordenó el bravo sargento, al tiempo que lanzaba su alazán al galope por la pendiente pedregosa del desfiladero.

—¿No quieres hacerle el cangrejo? —preguntó Pepe, pegando su caballo a la pierna del joven.

—No es posible; no hay atajos que corten la retirada allí. Es obligado seguirle los pasos a la zaga; pero lo alcanzaremos ¡vaya si lo alcanzaremos! Atiza tu bestia adelante.

Pepe denominaba «cangrejo» al hecho de cortar la retirada al enemigo y encerrarle entre dos fuegos. El símil se refería a que, obrando de este jaez, se formaban dos garfios aprisionadores semejantes a los que tiene aquel crustáceo.

Conida, o quienquiera que fuese el jinete que atravesaba la selva a horas tan primerizas de madrugada, al verse perseguido, arreció en su carrera. Y debía montar un bruto estupendo por cuanto, a pesar de que nuestros dos bizarros guardias rurales corrían sobre bestias de sangre fogosa y piernas incansables, lograba mantener constantemente de por medio un espacio considerable de terreno. Lanzóse por un raso como una flecha, volvió a sumergirse en el espesor de la selva y, saliendo por el otro extremo, subió por una pradera fresca y verdeante que rezumaba aún las perlas trémulas del rocío. Y de pronto torció por un ribazo, desapareciendo por un momento de los ojos de sus perseguidores. Cuando, alcanzado el ribazo por éstos, el jinete volvió a aparecer ante su vista, Joaquín soltó una exclamación.

—¡Ese bruto toma la dirección de la frontera!

Los dominios del Canadá limitan al norte con el Estado de Alaska, y era hacia esta frontera que se dirigía el perseguido jinete que tenía todas las trazas de ser Conida.

—¡Trata de refugiarse en Alaska! —bramó Pepe, acariciando la empuñadura ennegrecida de su enorme pistolón.

—Dale mangas a tu bestia —azuzó el sargento, rechinando los dientes.

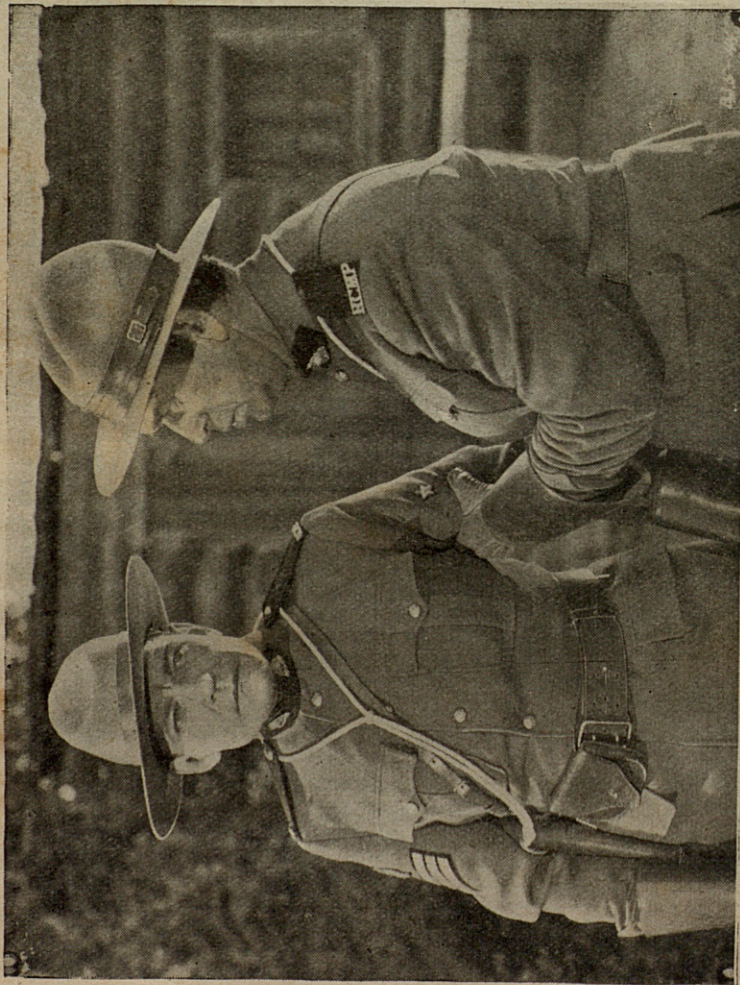
—¡Si le he dado hasta las mías! —exclamó Pepe, alzando el brazo, del que pendían dos jirones de camisa bamboleantes en el aire de la loca carrera.

En la nerviosidad de sus dedos, al tirar de la brida, se le había pegado la tela en un relieve del arzón, rasgándose hasta el codo del nervudo brazo.

Los caballos, espoleados constantemente por sus jinetes,



La joven sonrió con malicia al verse a dos pasos de los guardias...



Pepe se acercó al sargento y le dijo embargado por la emoción: — Ordena y te obedeceré.

enciendieron tan briosamente que, a los pocos momentos, lograron ponerse a la distancia del polvo que levantaban los cascos del que perseguían. El mojón que indicaba la división de los dos Estados se levantaba ya a pocos pasos del fugitivo y las patas de los brutos de nuestros guardias rurales rozaban ya las del caballo que huía, cuando éste dió un tremendo traspiés y el jinete que lo montaba rodó aparatosamente por el suelo, describió varias volteretas ruidosas y, atravesando el mojón de piedra que marcaba el límite de la frontera, penetró en Alaska.

Originalísima manera de atravesar un sitio en el que, por lo común, le exigen a uno una serie infinita de engorrosos documentos y en donde un empleado, generalmente malhumorado, se toma la libertad de penetrar los más íntimos secretos de nuestra maleta. Naturalmente que no podía haber allí aduanero por la sencilla razón de que no existía ninguna Aduana en medio de la selva circundada de gigantescas moles escarpadas y desiertos casi infinitos.

Después de tan breve y extraño viaje, el desconocido jinete se levantó con aire de triunfo. Al contemplarlo a pocos pasos de distancia, Joaquín y Pepe dilataron los ojos con estupor y exhalaron un ¡ah! unánime y prolongado. Hasta la propia boca del sargento, virilmente proporcionada y armónica, se puso al diapason de la de Pepe, que semejava la de un cocodrilo.

A la antedicha exclamación, Joaquín añadió seguidamente, mientras se echaba el chambergó para atrás, signo evidente en él, de despechada y feliz sorpresa.

— ¡Es una mujer!

Así era, en efecto: una moza esbelta, hermosa como una primavera, de ojazos rasgados, negros como una sublime pena de amor, que se quedaron mirando a los dos hombres, y finalmente a Joaquín solo, con un brillo de malicia cautivadora.

— ¡No es Conida! — exclamó Pepe con desilusión.

— ¡Claro que no, idiota! ¿No lo ves?

La joven sonrió con malicia al verse a dos pasos de los guardias y sentirse tan segura como si se hallase a cien mil. Mediaba la frontera de por medio y Joaquín y Pepe permanecían a respetuosa distancia de ella, perfectamente conscientes de su inviolabilidad.

Por un instante, al ver las hermosas líneas de aquel rostro atezado y rebosante de vida y alegría, Joaquín estuvo al borde de dejarse enternecer y echar por tierra la sagrada austeridad de su misión de guardia rural, mas pudo reaccionar a tiempo, y, echando la cabeza para atrás, con afectada fiereza de ruda autoridad exclamó:

— En mi vida he conocido frescura mayor.

— ¿Se refiere al airecillo que sopla? — respondió la moza

clavando sus ojazos zumbones y ardientes en el joven.

—No; me refiero al hecho de que usted haya atravesado la frontera sin documentos, y a que, viendo que los que le están hablando en estos momentos son representantes de la autoridad, no tiene la honradez de acercarse para acá y darse por detenida.

—¿Qué quiere usted? No ha sido posible dar a visar mi documentación, pues, por lo que parece, no hay aquí agente alguno de Aduanas — dijo la muchacha con tonillo irónico y esparciendo una mirada a la vasta y salvaje soledad de su alrededor.

—¿Por qué huía usted?

—Pues porque me perseguían ustedes.

—Su obligación era pararse ante nuestro uniforme.

—¡Ah!, entonces no habría podido llegar a la frontera, ni mucho menos pasarla... aunque, a decir verdad, si me hubiese decidido a pararme, habría sido más por usted que por el uniforme que lleva.

Tanta soltura y gracejo, y, más que todo esto, tanta sencillez y sinceridad, y también tanta belleza y gracia reunidas, hicieron tambalear la rigidez del apuesto sargento.

—¿Su nombre? — preguntóle.

—Ana.

—Conste que yo le ordeno que vuelva para acá y se dé por detenida.

La joven afectó enfurruñarse, y, plegando los labios de grana fresca en un mohín mimoso, respondió:

—Está muy bien, señor sargento. Conste que no me olvidaré de eso en todo el resto de mi vida.

Y, volviendo graciosamente la espalda a los dos hombres, se alejó con una frescura solemne, contoneando con donaire sus magníficas caderas de ánfora.

Joaquín permaneció unos segundos contemplándola con arrobamiento. Los sentimientos de juventud, ante la zagala soberbia, arrumbaban por natural ley de instinto toda preocupación de disciplina y de cuerpo en el pecho del joven, dejando el sitio a una expansión tierna que le estremeció hasta la entraña de su ser.

—Es guapa, ¿verdad? — dijo, volviéndose hacia Pepe.

—¡Hombre! — exclamó éste entornando los ojos—. ¿Y me lo preguntas?

Joaquín estuvo todavía contemplando largo rato a la muchacha hasta verla desaparecer tras la colina que limitaba el bosque en el deslumbrante trasluz del sol que se levantaba ya por encima de la arboleda como una brasa colosal. Su ruda fantasía de mocetón que no ha conocido más expansiones que las del deber y la soledad de las montañas discurría por tierras maravillosas de una dicha indefinible, en la que aquella

moza a quien había visto por primera vez volaba con ángeles de alas blancas pegados en el regazo. Jamás olvidaría aquel rostro hermoso, ni el brillo picaresco y ardiente de los ojos negros que lo iluminaban.

Sacudióse bruscamente como si despertase de una alucinación, y, pasando el robusto brazo por la espalda de Pepe, dijo entre dos suspiros de nostalgia feliz:

—El hombre es una caverna tenebrosa, y la mujer la antorcha que la alumbra.

—¿Quién le hubiese predicho que este íntimo sosiego de sueños había de ser roto brutalmente pocos minutos después!

Al llegar al puesto hallóse con que el ayudante de su hermano estaba aguardándolo a la entrada del despacho.

—Joaquín — le dijo con emoción —, hoy es un día que estás obligado a demostrar que eres capaz de mantenerte firme, cualquiera que sea el dolor que te sorprenda a traición...

Joaquín sintió como si una zarpa le aprisionase el corazón, y, pálido, clavó sus ojos en el ayudante con interrogación angustiosa.

—Conida ha consumado su amenaza — prosiguió el soldado.

—¡Explicáte! — gritó Joaquín, apretando convulsivamente un brazo del ayudante.

—Conida ha logrado penetrar en el puesto, introducirse en el despacho de tu hermano y dispararle un tiro en el corazón.

El rostro del bravo caballista pareció transparentarse con la profunda palidez que le cubrió. Volvióse hacia Pepe, el fiel, que en una suspensión apenada tenía sus ojos clavados en él aguardando la orden de jugarse la vida para vengar la de su comandante, y dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¿Has oído? Mi hermano ha sido asesinado... Conida lo ha matado... Conida...

Pepe se acercó al sargento, compungido, con la turbación propia del que percibe el dolor de un ser querido, y entre crujidos de coraje de sus quijadas rudas y enormes, dijo:

—Ordena y obedeceré.

Joaquín le estrechó la espalda con gratitud. Pero, parando con su diestra abierta la actitud vehemente de su fiel servidor, dijo con voz apenas perceptible:

—Déjame un momento solo, Pepe; tengo necesidad de poner mis pensamientos en orden. Luego te veré.

El gañán obedeció, y Joaquín cerró los ojos, permaneciendo en esta actitud de emocionante reconcentramiento durante breves instantes. Conida había asesinado a su hermano, el único ser que acompañaba su existencia de solitario por las montañas y los bosques de su amada Patria, el único ser que, por su energía, por su inteligencia y su gran corazón, le recordaba la venerable figura de su amado padre muerto cuando él

era todavía un niño. Ya no volvería a ver jamás a su hermano, que era el único afecto entrañable de su vida: Conida, un bandido, lo había matado para vengar la muerte de su hermano, asesino también. Si un criminal se había tomado el derecho de vengar a otro criminal que era su hermano, ¿no podía él, hombre honrado y defensor de la Ley, vengar a otro hombre honrado y defensor de la Ley que era su propio hermano?

Sí, podía. Irguióse, y, contrayendo los puños para dominar la furia desbordante de sus nervios, murmuró con voz segura y rotunda:

—¡Ojo por ojo!

Dos días más tarde había obtenido del nuevo comandante del puesto permiso para obrar por cuenta propia en la captura del siniestro Conida. El bandido, después de su crimen, temiendo las represalias de la autoridad, se había refugiado, juntamente con toda su pandilla, en el vecino Estado de Alaska. Allí, pues, iría Joaquín a encontrarlo. La empresa era dura: no sólo por lo alejado del lugar, sino también porque el bravo guardia rural tendría que luchar solo y en un medio hostil. Pero a Joaquín le sobraba coraje y combatividad, y tenía concentrada en sus brazos de atleta una fuerza poco común. Si moría en la difícil empresa, lo habría hecho por su hermano, y esto le alentaba, centuplicando en su pecho su valor indomable, su fe y el fuego de todos los heroísmos.

Por otra parte, Joaquín no iría solo: Pepe lo acompañaría en la lucha; si Joaquín tenía que morir, lo haría él también, y a su lado.

CAPITULO III

CARA A CARA

Conida no se acordaba ya de su hermano. Era como una bestia feroz que, una vez satisfechos todos sus deseos, se entregaba a la obsesión de su egoísmo, sin más voluntad que sus instintos.

En Alaska había tomado por punto más o menos habitual de residencia un poblado que se levantaba en una comarca fértil y sumamente rica en ganadería. Allí corría el dinero a puñados, y ello prestaba a su rapacidad siempre dispuesta mil ocasiones en qué cebarse y proseguir su existencia de parásito. Ese poblado se llamaba Váldez y se encontraba relativamente cercano a la frontera canadiense. En la única taberna de la población, denominada «El Búfalo», estableció el rufián

su lugar de cita y casi se podría decir su cuartel general. Estas tabernas toman allí el nombre de «Salones» y vienen a ser, todo de una pieza, bodega, café, hospedería y salón de baile y variedades. Estos últimos corren a cargo de unas cuantas chicas, y toda su labor se reduce a alumbrar con sus sonrisas de juventud el alma sórdida de los vaqueros.

Conida fué en seguida temido, y ello hizo que su humanidad brutal, arrelianada en las sillas pringosas y desvencijadas del cafetín, viniese a parecer algo así como un reyezuelo feroz que no vive más que para dar órdenes, hartarse la barriga hasta reventar e inmolar esclavos en aras de su capricho.

Aquel día se hallaba en esa actitud omnipotente y su rostro transpiraba una alegría, no diremos más luminosa y agradable que otras veces, porque en aquel rostro, poblado por cerdas hirsutas incultas a perpetuidad y salpicado por dos ojillos crueles como llamas del diablo, no cabía ninguna clase de alegría cordial, pero sí más voluptuosa y codiciosa. Es que había mandado a tres de sus mejores jayanes a la realización de un golpe relativamente audaz y cuyo éxito debía proporcionarles un botín incalculable.

Hacia ya largo rato que iba dirigiendo miradas ansiosas y penetrantes hacia la puerta del cafetín, cuando, de repente, aquella se abrió para dar paso a tres sujetos barbudos, altos y corpulentos.

—¡Ahí están! — exclamó Conida pegando un salto en su asiento, un salto tan estrepitoso que, repercutiendo en los nervios del dependiente del cafetín, le hizo soltar una botella de sus manos.

Los tres jayanes se acercaron, mas no como el cruel jefe-cillo esperaba, es decir haciendo sonar la bolsa de cuero repleta de dinero, sino mohinos, cabizbajos y arrebolados de una especie de pudor tan inhabitual en hombres que tenían por norma el pillaje y el deshonor, que el mismo Conida vióse asaltado por un presentimiento que le hizo bufar de impaciencia y coraje.

—¿Qué? — inquirió con un ronquido que todavía guardaba un rescoldo de esperanza.

—Hombre... yo te diré... —balbució con timidez el que acaudillaba la siniestra guerrilla—. Al principio todo ha ido a pedir de boca: nos hemos hecho con todo el botín (lo llevábamos en la bolsa de cuero; creo que ascendería a algunos miles de duros), pero he ahí que, de pronto, al cruzar el desfiladero de «El Toro», nos han sorprendido dos sujetos...

—¿Eh? — rugió Conida alzándose de su asiento como picado por una vibora.

—Pues... pues que nos han robado...

—¿Robado? ¿A vosotros? —gritó Conida con una expre-

sión creciente de estupor e ira que lo idiotizaba—. ¿Y dices que eran dos...?

—Sí, dos...

—Y, pues, ¿qué habéis hecho de vuestros revólveres? ¿Acaso se los habéis entregado para que pudiesen plumaros hasta el ochavo? —bramó el bandido con ronca voz, cargada de ironías amenazadoras.

—No... pero ellos se han cuidado de tomarlos...

—¿Eh?

—Que nos han desarmado.

Conida alargó su enorme belfo cruel, y, entornando los ojos con expresión de reconcentrada ira, acercó sus morros velludos y chorreantes de saliva a los de su acólito atemorizado, y le espetó:

—Os han desarmado... Oye, angelote, ¿tú crees que yo me voy a tragar esa? ¡Bah! Filifa, todo filifa... ¡Desarmaros a vosotros, a tres torres como vosotros! ¿Acaso crees que ha descendido mi moral y ya soy incapaz de pensar por mis propios medios? No, idiota. Bueno, acabemos de una vez: ¡venga esa plata! Confiesa que la combinación os ha salido mal y que yo conservo todavía mis facultades intactas... ¡Venga el dinero que os habéis escondido!

Separaba ya Conida la silla de su espalda para preparar el campo de combate en el caso de que su secuaz intentase hacer resistencia a su implacable y amenazadora acusación, cuando la puerta del establecimiento volvió a abrir su doble tapa chirriante para dar paso a dos mocetones, a una pareja de vaqueros, arrogante el uno y sólido como una cariatíde de bronce, más campechano y rudo y avanzado de edad, el otro, pero no menos simpático y decidido.

Verles y apretujarse alrededor de Conida con la alteración pintada en su rostro los tres bandidos desarmados fué cosa automática.

—¡Son ellos! —exclamaron quedo a un mismo tiempo.

—¿Quiénes? —inquirió Conida clavando su mirada penetrante en los recién llegados.

—Los que nos han robado —concretó el bandido.

Los dos forasteros se habían acercado al mostrador de espalda a los bandidos. El más joven, después de apurar de un sorbo rápido y desenfadado una copa enorme llena de un brebaje infernal, preguntó al dependiente:

—¿Se halla por ahí Conida?

—Allí está —respondió el mozo, señalando hacia la mesa al facineroso.

Volvióse vivamente el vaquero, imitado por su compañero. La mirada inmóvil de Conida y toda la gavilla los tenía enfilados. Ninguno conoció aquellos dos rostros de rasgos nobles, viriles e impávidos. Pero nosotros sí: eran Joaquín y su inseparable Pepe.

Nuestro guardia rural empezaba su campaña. Se había convertido en un arrogante vaquero y se tenía ya preparados los nombres —tanto el suyo como el de su compañero— con que se haría distinguir: porque no era ocasión de conservar el verdadero nombre, ya que era harto conocido y hubiera equivalido a una fulminante sentencia de muerte por parte de la gavilla Conida. El se llamaría Revert, y Pepe, González. Su plan era de una temeridad imponente, pero para nuestro caballista las audacias más sorprendentes eran simple andadura llana, y avanzó hacia Conida con los ojos fijos en él y en los labios una sonrisa fría que ocultaba magistralmente toda la rabia que hervía en su pecho.

Sentóse frente al bandido sin pedir permiso, con el desenfado magníficamente fingido de un auténtico cuatrero y con una serenidad tal, que la sangre de Conida se alteró hasta el punto de que su mano derecha rondase a ojos vistas la culata del revólver.

—Acaban de decirme que eres Conida...

—Sin faltar un solo pelo —respondió el bandido con una mueca desconfiada.

—Si hubiese sabido que el dinero de esos barraganas te pertenece a ti, me hubiera abstenido de tomarlo... De todos modos, siempre es tiempo de reponer las faltas, y estoy dispuesto a saldar cuentas contigo. Empecemos por la primera; toma.

Y, diciendo y haciendo, Joaquín echó con indiferencia una bolsa recia de cuero encima de la mesa. Los ojos de Conida brillaron de codicia, y arrebatando la escarcela de sobre el mármol la abrió con mano ávida y sacó de su interior un puñado de billetes. Era el producto del robo de los tres jayanes a los cuales nuestro muchacho sorprendió en el bosque cuando se dirigían a Váldez.

Fuó un golpe maestro logrado al azar. Reducir a los tres bandidos había sido obra fácil para Joaquín, y ello venía providencialmente a resolverle la parte más árdua de su plan, que consistía en acercarse a Conida, conquistar su confianza y aguardar la ocasión de prenderle no sólo a él, sino a toda su gavilla. No era posible acción más a propósito para atraerse la confianza del receloso rufián que la de devolverle una bolsa repleta de dinero, cuando este dinero podía Joaquín meterlo tranquila e impunemente en su bolsillo.

El efecto fué tan rápido, que Joaquín sintió afirmarse en él, secretamente, la absoluta convicción de que lograría prender a aquel miserable y a todos sus acólitos. Conida hizo traer aguardiente, convidó al joven, y a los pocos momentos le proponía entrar a formar parte de su banda.

—Siempre he trabajado solo —fingió dudar el valiente caballista—; pero, en fin, quiero que sepas de una vez que estoy

dispuesto a romper con todas mis tradiciones con tal de poder codearme contigo.

Conida descargó un arrebatado espaldarazo al joven. Su entusiasmo no tenía límites: había que ver el partido que prometía aquel gañán que, casi solo, había logrado desarmar a tres de sus mejores hombres, robarles y ponerlos en vergonzosa fuga. Era una prenda, un diamante inapreciable con el que pronto se vería en posesión de montones de duros. Y lo que exaltaba singularmente su entusiasmo era su honradez. ¡Mira que devolverle una escarcela repleta de billetes...!

Sin embargo, toda esta fogosidad contrastaba con el recelo, y aun más que esto, con la sospecha de uno de los bandidos que se hallaba acomodado, con dos hombres más, en una mesa vecina.

—¿A dónde he visto yo esa cara antes de ahora? — no cesaba de murmurar, atusándose preocupadamente la curtida barbilla.

Nuestros dos muchachos no estaban en disposición de parar mientes en la peligrosa actitud de este hombre, la cual hizo pronto mella en los sentimientos de los que le rodeaban, como se echó de ver por las miradas recelosas que dirigían a aquéllos. Por fortuna, el sujeto de referencia llamado Sampedro, no logró dar con la clave de sus sospechas. Y ello fué, de verdad, una pura suerte, ya que aquel bandido no podía reconocer a Joaquín más que como un ladrón al policía que le ha echado la zarpa en diversas ocasiones.

Pero, si escaparon momentáneamente de este peligro, no tardaron en experimentar otro sobresalto, esta vez en forma palpable para su espíritu y su conciencia.

Una vez concluido el trato con Conida, dejáronle en compañía de sus compinches alrededor de la mesa en que tuvo lugar la conversación y se acercaron al mostrador para echar un trago fuerte. Mientras aguardaban la bebida, paseaban la mirada escrutadora por la platea del figón. Cuando sus ojos se fijaron en la escalera de tabla que conducía al piso de arriba, hubieron de agarrarse al canto del mostrador para que, en el esfuerzo nervioso de esta acción, quedase anulado en la abertura de su estupefacta garganta el alarido de estupor que pugnaba por echar sus ruedas adelante. Una moza fina, cimbreante, de tez sedosa y morena, de brillantes cabellos en una cabeza graciosa como la corola de una azucena, bajaba con paso indolente los raídos peldaños.

—¡Es Ana! — murmuró Pepe en un falsete de terror.

En efecto: aquella joven de líneas finas y mirar de fuego era la misma a quien pocos días antes habían confundido con Conida persiguiéndola hasta el confin de Alaska; era aquella moza de aire desenvuelto y fascinador que, después de haber atravesado la frontera a tumbos, los había confundido

con su trapacería abierta y cordial. Era una de las bailadoras del cafetín, que conocía a Conida hasta el cogollo de su brutalidad.

—Jesús nos asista! — exclamó quedo el atribulado Pepe, trazando, al santiguarse, una cruz aparatosa alrededor de su robusto cuello para preservarlo de la sogá.

—Pero, ¿qué te pasa? — le preguntó Joaquín con aire distraído, sin dejar de mirar a la moza.

—Que esto es el fin. ¿No te lo imaginas? La chica nos reconocerá, recordará que somos de la guardia rural y nos delatará a Conida...

Joaquín ya no lo escuchaba. Sus ojos seguían puestos en la zagala, que, a su vez, había clavado los suyos en él con fijeza inteligente. Cuando pasó por su lado, sin dejar de mirarlo, sonrióle brevemente con dulzura y principió su danza en medio de la alegría bestial de Conida y de la ruda concurrencia del cafetín.

Ana no había dicho nada, no diría nada: Joaquín había leído esta decisión leal en aquellos ojos rasgados que le acababan de sonreír con benevolencia, con afectuosidad, con amistad abierta y franca y... con una chispa de secretillo amor envuelto en los pliegues de su alma propicia de veinte años.

Ni aun siendo traidora habría logrado amedrentar a Joaquín; pero es que también en el corazón de éste se había removido algún sentimiento adormilado por la prolongada vida de las soledades. A las palabras aterradas de Pepe había opuesto él una alegría incontenible, una dicha profunda e inefable que tenía por motivo el haber vuelto a ver a la hermosa chica que conoció en la frontera; y ahora, después de su célica sonrisa y su mutismo inteligente, adivinaba ya más cercano el día de la victoria sobre Conida, porque estaba seguro de que podía contar con su colaboración más leal para conseguirlo.

CAPITULO IV

LA LUCHA

El pellejo de Joaquín, y también el de Pepe, pendía de un hilo. Fuese por sentimiento de envidia o bien por simple recelo, ese recelo inoportuno y pertinaz que cuidaba de mantener vivo entre todos los jayanes constituyentes de la gavilla el sempiterno Sampedro, los bandidos los habían acogido con franca y ostensible hostilidad. Máxime cuando Conida, ávido de comenzar cuanto más pronto mejor a explotar las facultades de excepcional cuatrero de Joaquín, que él conocía por

el nombre de Revert, le confió inmediatamente un golpe de extraordinaria audacia y gran peligro. Se trataba de asaltar una diligencia que había salido de las minas de Santa carga-da de oro hasta los topos.

—Darás el golpe y yo aguardaré el oro en «El Búfalo» — le instruyó Conida.

Joaquín brincó de alegría en su fuero interno al oír la proposición. Al instante su imaginación vivaz concibió un contragolpe propio de su valeroso corazón. En una escapada relámpago habíase llegado al fuerte, poniendo al nuevo comandante al corriente de la situación de sus asuntos con Conida, e instándole que permaneciese ojo avizor para cuando requiriese su ayuda.

También había recordado con gracejo a su simpático e inseparable Pepe, varias veces, que ya no se llamaba tal, sino González. El ganán se lo tomaba todo entre chunga y tragedia conforme a su genio fatalista. Estaba, pues, todo preparado para principiar la ejecución de sus proyectos.

—Solo no puedo dar ese golpe que me propones — respondió a Conida.

—Puedes llevarte a tu amigo — le cedió el bandido con rudeza.

—Necesito más gente.

—Escoge, pues, a los que te hagan falta.

Joaquín estuvo a punto de soltar un grito de alegría. No esperaba otra cosa para la consecución de su objetivo. Su primera tentación fué decir que los necesitaba a todos, pero se contuvo por no despertar sospechas en el bandido, limitándose a volverse hacia el rincón en que estaban agrupados los hombres de la gavilla y señalar hasta siete de ellos, teniendo buena cuenta de escoger a los más corpulentos y de más fiera e indomable mirada.

—Con esos siete gachós y vosotros dos, tengo la seguridad de lograr todo el oro de América — dijo Conida soltando una carcajada descomunal.

—Así lo espero — limitóse a responder el joven caballista disimulando una sonrisa irónica.

Joaquín y Pepe, convenientemente puestos de acuerdo de antemano, enderezáronse hacia el bosque. Subieron por una sierra pedregosa, y, saltando por la vertiente opuesta, ganaron muy pronto regiones solitarias desde las que no se percibía el menor soplo de vida del poblado.

Los bandidos trotaban relativamente confiados al lado de Joaquín. Todos eran hombres curtidos en la aventura y el crimen y caminaban hacia el lugar de la emboscada con un secreto sentimiento de orgullo por haber sido elegidos entre diecisiete por aquel mozo audaz que, con tanta serenidad y

valor, había sabido desarmar y desplumar a tres hombres de pelo en pecho.

Nuestro valiente joven los llevó por una vereda confusa hacia un raso amparado por una cortina circular de copudos árboles. Repentinamente, cuando los tuvo allí, hizo un guiño inteligente a Pepe, espoleó diestramente su cabalgadura para que se colocase de un salto a regular y estratégica distancia del grupo de jinetes y, sacando el revólver de un impulso relámpago que no dió a ninguno de aquéllos el menor instante para echar un resuello de reacción, gritóles:

—¡Atención, señores! Vamos a ver si se me colocan ustedes con los remos superiores en alto, sin chistar ni pretender utilizar sus armas. Les prevengo que tiro recto y que, cuando tengo el índice en el gatillo, me pongo sumamente nervioso.

Volvióse rápidamente hacia Pepe, que a su vez no había permanecido ocioso y encañonaba a los siete rufianes su enorme y bien bruñido revólver, y le dijo:

—¡Pronto! Aligéales las cananías, que no se les ocurriese a esos angelotes bendecirnos con una rociada de plomo.

Es imposible describir el estupor y el azoramiento de los siete sayones de Conida cuando vieron que, en menos de lo que se tarda en vaciar un vaso de ron, Joaquín les había hecho alzar los brazos, Pepe les había quitado el revólver a todos y ya no podían hacer otra cosa que considerarse vencidos y prisioneros.

Nuestro audaz caballista adivinó lo que pasaba por su espíritu, y, con una sonrisa franca, sin petulancia ni pavoneo, les explicó noblemente.

—Todo está bien claro, queridos: yo no soy el presunto bandolero llamado Revert, sino Joaquín, de la guardia rural canadiense; y ese que os ha hecho la merced de quitaros el peso molesto de vuestras armas es Pepe, mi asistente, una pieza de mérito, por lo que acabáis de ver. Así que, andadito: vamos a despachar pronto, porque Conida está esperando y yo todavía más que él Seguid adelante, que es por donde para la frontera del Canadá, mientras Pepe y un servidor seguiremos detrás en la humanitaria labor de velar, no diré nuestro sueño, pero sí nuestro ensueño, que en lo sucesivo ya no puede ser más que el de la cárcel.

Los siete mocetones se guardaron como de escaldarse de protestar, ni mucho menos de intentar oponer la mejor resistencia a los revólveres aunados de Joaquín y Pepe y a los duros músculos que el primero tenía sólidamente establecidos y prontos algo más arriba de la mano con que empuñaba su arma, viéndose poco después tras las rejas del fuerte canadiense.

Como debe suponerse, Joaquín no pretendía con todo esto

darse por pagado de la deuda de sangre que le tenía hecha el siniestro Conida, ni mucho menos; este era simplemente el primer acto de su programa: aniquilar a la banda. Y se ha visto bien que el motivo de su alegría por haber sido favorecido por Conida para dar el golpe de la diligencia de Santa, así como el interés que había tenido por llevarse a unos cuantos hombres del feroz bandido, los mejores, como pudimos ver, no obedecía a otro designio que mandarlos a la cárcel e ir así debilitando a la gavilla hasta reducirla a su mínima expresión para dar luego el golpe definitivo con todas las probabilidades de éxito. Todo un plan, en fin, un plan de estratega sagaz que tendría que admirar a todos sus colegas.

Así que, fresco, audaz y valiente, vino en compañía de Pepe al encuentro de Conida, que, como había dicho, lo aguardaba en su sitio habitual del cafetín.

El bandido sonrió con su mueca repulsiva, una mueca que sacaba a la luz del sol una avaricia y una crueldad que sonrojaba a los hombres honrados.

—¡Hola! —exclamó con entusiasmo adulator—. Eso ha sido rápido, por lo que veo...

—Sí, más de lo que te puedes figurar —respondió Joaquín con asco e ironía disimulados pensando en la figura bien triste de los siete cuatreritos cuando se vieron frente al punto de mira de su revólver.

—¿El dinero...? —pidió el bandido.

Al decir esto sus ojuelos garzos chispearon con una codicia que revolvió las entrañas de Joaquín. Pero se contuvo, convencido de que la hora de la reivindicación de su honor se acercaba, y respondió, impasible, clavando fijamente su mirada en el asesino.

—No hay dinero; ha sido un verdadero desastre: la guardia rural canadiense ha violado la frontera, nos ha sorprendido desprevenidos, y, por mucho que me haya esforzado en repeler la agresión para lograr dar el asalto y evitar bajas, no he logrado ni lo uno ni lo otro.

Al contar toda esta ficción, nuestro amigo cuidó poco la mímica que requería, cosa natural dado su estado de ánimo cada vez que se veía obligado a contener sus ímpetus ante el asesino de su hermano, al que habría querido fulminar de un puñetazo, y ello encendió una chispa de desconfianza en el espíritu de Conida.

El golpe le pillaba a éste por sorpresa: cuando esperaba un cargamento de oro, recibía la noticia de una derrota. La sangre afluyó a su rostro espoleado por el despecho; luego, a impulsos de la ira, reflujo dejándolo con una palidez de cera. Dirigió instintivamente una ojeada rápida a la espalda del caballista y a su ayudante, y, al ver que no aparecían los

siete jayanes que fueron con ellos, preguntó con voz enronquecida de rabia:

—¿Y los tíos?

—Tus hombres han caído en poder de los guardias rurales... Lo siento, Conida. Ya te he dicho que hice cuanto pude por evitarlo. —respondió nuestro amigo con admirable desembarazo y sangre fría.

Conida se estremeció como sacudido por una corriente eléctrica, y, dibujando una sonrisa sardónica cargada de desprecio e ironía, estalló:

—¡Hombre, es casual! ¿Con que sólo habéis quedado libres vosotros dos?

—Pues ya ves; así ha sido —respondió Joaquín sin pestañear, con toda la desenvoltura de que era capaz.

Este diálogo tenía lugar en presencia del resto de la banda, y la atinada reflexión de Conida acabó de suscitar en el ánimo de aquellos desalmados los más hondos recelos de Joaquín. Particularmente en Sampedro se reafirmaba más y más la suspicacia y el miserable no cesaba de repetirse la eterna pregunta:

—¿Dónde he visto yo antes esa cara?

La exasperación de Conida había llegado al colmo, y, a no ser por el respeto instintivo que le inspiraban los puños viriles de Joaquín, el brillo combativo de sus ojos y la convexidad colosal de su pecho, a buen seguro que se hubiera atrevido a dejar sentir sobre su mentón la agresividad de sus pasiones.

—En mi vida había perdido a siete hombres de una vez —bramaba Conida con voz cavernosa—. ¿Qué has hecho de tu combatividad? Boato todo, pampiroladas. Eres un novato, un lechón presidiable...

No cesaba de mirarlo con brillo insistentemente escrutador como si quisiese penetrar hasta el fondo secreto de sus profundos pensamientos, y poco a poco su sonrisa sardónica y desechada acentuaba una oculta expresión de recelo.

—Si hubieses venido yo, eso no hubiera ocurrido —gritó.

—Si hubieses venido tú, seguramente habría sido un golpe perfecto —respondió Joaquín sin recato.

—¡Ah! ¿Un golpe perfecto, eh?

Conida pronunció estas palabras con ironía inteligente, y Pepe, que no lo dejaba de vista un solo instante, se estremeció en su silencio defensivo al adivinar que el siniestro asesino había entrado en la plena sospecha de que era víctima de una traición llevada a cabo por él y su sargento.

Conida levantóse bruscamente; su torpe y ruda mentalidad había llegado a un obtuso estado de confusión y necesitaba reflexionar a solas con los hombres de su absoluta confianza.

CAPITULO V

EL PRIMER PUNETAZO

Apenas Conida abandonó el cafetín, Ana, que venía siguiendo con todo el interés de su alma las incidencias de esta lucha sorda, se aproximó a Joaquín y le dijo con pena que conmovió dulcemente al gallardo caballista:

—¿Qué hace usted en este pueblo?

—Tengo que cumplir una misión. Cuando la haya terminado con éxito, me volveré a mi país.

Joaquín habló ya sin ambages, pues en la mirada y en la forma con que la joven formuló su pregunta leyó claramente que le había reconocido como al sargento de guardias rurales canadienses. Por si aun pudiese anidar alguna duda, las siguientes palabras de la joven pudieron contribuir a disipársela totalmente.

—Váyase, créame.

Puso Ana toda su alma en estas palabras, y el gallardo sargento sintió en su corazón como si un rocío celestial lo bañase dulcemente. ¿Ana le amaba? ¿La amaba él? Era prematuro formularse una respuesta concreta a estas dos preguntas supremas en el estado revuelto de su espíritu; pero, cualesquiera que fuesen los sentimientos de la joven, Joaquín no habría vacilado en asegurar que la tenía enteramente de su parte y podía confiar en ella como con en el más puro confesor.

—Le agradezco sus cuidados, Ana; pero, por mucho que usted me lo pidiese, no podría complacerla sin antes cumplir mi juramento.

—Le matará — respondió la joven con voz velada por la emoción.

No tuvo necesidad de expresar el nombre de Conida para que Joaquín adivinara a quien se refería. Entendió que Ana lo había descubierto todo, y ello le llevó a la conclusión de que, desde que llegó a Váldez, aquella joven hermosa no había cesado de vigilar todos sus movimientos, protegiéndolo contra una posible celada del sanguinario bandido.

Nuestro brazo mozo la miró con profunda ternura, y, con su llaneza casta, estrechó una de sus diminutas manos con gratitud y amor. Seguidamente se alzó para unirse a Pepe y enderezar sus pasos al caserón en que Conida tenía establecida su guarida secreta. El bandido le había hecho avisar que lo aguardaba.

Cuando llegó, vio a los bandidos en tal actitud de mutismo hostil, que le fué fácil deducir a qué clase de cábalas se habían entregado durante su ausencia y adivinó que ya no era

posible parar sus recelos. Sampedro había cuidado de poner ascuas en aquel fuego devorador, y las consecuencias de ello no se harían esperar.

No obstante, Joaquín penetró en la pieza con un desenfado pasmoso y con una serenidad colosal.

—¿Que se ha muerto alguien de la familia? — dijo, fingiéndose de la cara agria con que le acogían.

—No — respondió secamente Conida, y añadió con visible malhumor —: hénos de hablar en serio. Oye: antes de sumarte tú a la banda contaba yo con diez y siete hombres; ahora sólo tengo diez. La pérdida de esos siete se ha producido de una manera tan extraña, que tengo la convicción de que entre nosotros hay un traidor.

—No vas mal, Conida — respondió Joaquín con un aplomo estupendo —, pues yo estoy opinando lo mismo.

—Sí, ¿eh? — dijo Conida sordamente.

Nuestro muchacho no pudo deducir a las claras si la respuesta de su enemigo rezumaba ironía o respondía a una satisfacción sincera por la coincidencia de criterio.

—¡Sí, hombre, como te digo; eso no ha podido ser de otra manera!

Mientras hablaba, Joaquín no dejaba de espiar con el rabillo del ojo la actitud de los diez gañanes que le circundaban, y, por el chisporroteo envenenado de sus miradas, creyó prudente no provocar la lucha decisiva allí.

Conida golpeó rudamente la mesa y estalló.

—Estoy dispuesto a no parar hasta dar con el traidor, y cuando lo tenga en mis manos le retorceré el gollete hasta que suelte veinte pulgadas de lengua.

—¡Ya es lengua! — comentó alegremente Joaquín —: de todas maneras, te creo capaz de lograr eso. Y, mira, voy a decirte una cosa: sólo por el gusto de ver semejante prodigio me pondré al atisbo inmediatamente y no cejaré hasta poderte anunciar que he descubierto al traidor.

Abandonó con Pepe la pieza sin aguardar respuesta, y, apenas se hubo alejado a prudente distancia, dijo a aquél:

—Escóndete ahí y espía todos los movimientos de Conida. Ese bruto ya no se fía de nosotros y es necesario evitar que nos haga un ataque por sorpresa. Al menor ademán sospechoso que sorprendas, llégate «Al Búfalo»; allí me encontrarás. Hasta luego y ojo bueno.

No bien hacía un cuarto de hora que nuestro joven esperaba en el cafetín, Pepe trasponía precipitadamente la puerta, y, de nuevo con Joaquín al pie del mostrador, le dijo quedo abriendo sus enormes ojos:

—Conida te está buscando.

—Bien. Prudencia, hombre. No abras esos ojos de milano, que a lo mejor algún interesado nos está espiando y le bas-

tará con mirarte para saber que me estás comunicando el fin del mundo. Disimula.

Ambos se habían colocado de cara al mostrador con los codos apoyados en él y, en efecto, su cuchicheo misterioso contrastaba visiblemente con el aspecto despreocupado e indiferente del resto de la concurrencia.

Apenas el precavido caballista hubo vertido por los oídos de su compañero la oportuna advertencia, Ana fué disimuladamente a su encuentro y, descansando cada una de sus manos en las respectivas espaldas de los dos mocetones con afectada coquetería, les dijo por lo bajo, precipitadamente:

—Atención: Conida os está observando desde la puerta.

Joaquín estrechó disimuladamente la mano de la joven con gratitud, y en seguida fingió que retozaba con ella con el fin de no despertar en el bandido la menor sospecha de que habían sido avisados.

En efecto; el feroz bandido, de pie en el marco de la entrada, los estaba mirando con ojos inyectados en sangre. Parecía un mastodonte furioso que se aprestaba a caer sobre una presa difícil. Sampedro había hurgado tanto en su ánimo con sus recelos, que el bruto iba dedicado a quitar la careta a Joaquín, si realmente la llevaba.

Nuestro muchacho creyó llegado el momento decisivo y, antes de que el cuatrero diese cuatro pasos hacia él, volvióse con naturalidad y, fingiendo estar bajo el efecto de una grata sorpresa, fué a su encuentro. Detrás de Conida iba toda su gavilla feroz con expresión decisiva. A Joaquín no le venía de diez más, o menos.

—Te buscaba, Conida — dijo el joven resueltamente.

—Yo también. Creo que esta noche descubriré al traidor — respondió el bandido clavando en él una mirada de reto.

—Ya es inútil que trates de descubrirlo.

Apoyó el guardia sus labios en la enorme oreja derecha del ruñán con aire de misterio y reserva, y añadió por lo bajo:

—Lo he descubierto yo.

Conida dilató los ojos cuando pudo con alegría feroz.

—¿Eso es cierto?

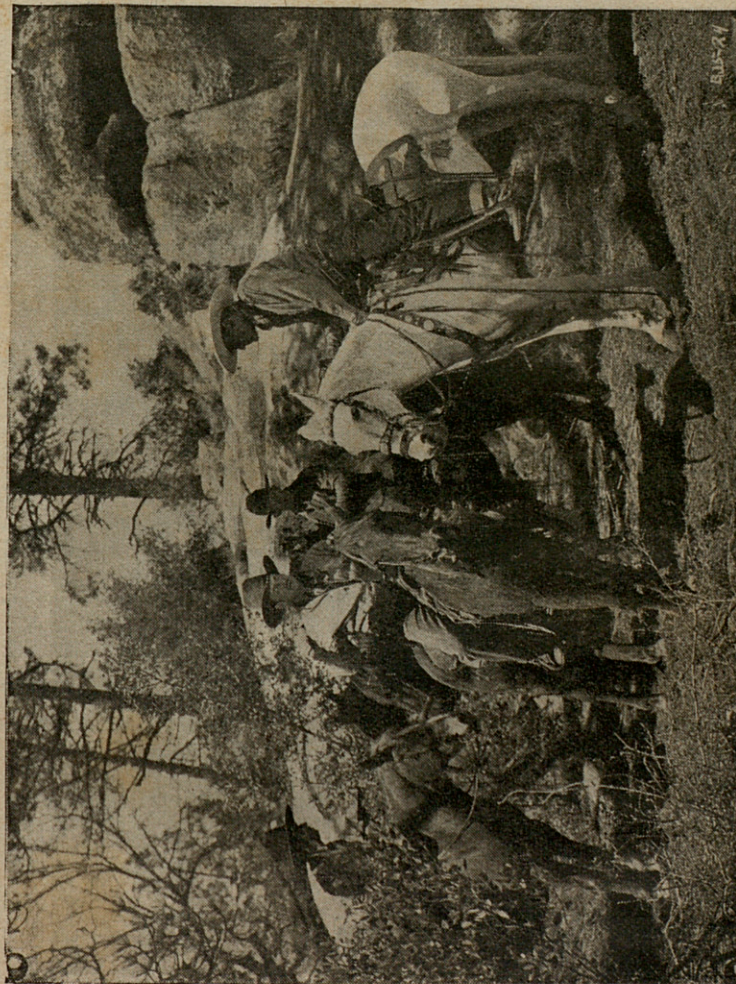
—Como lo oyes.

—¿Su nombre?

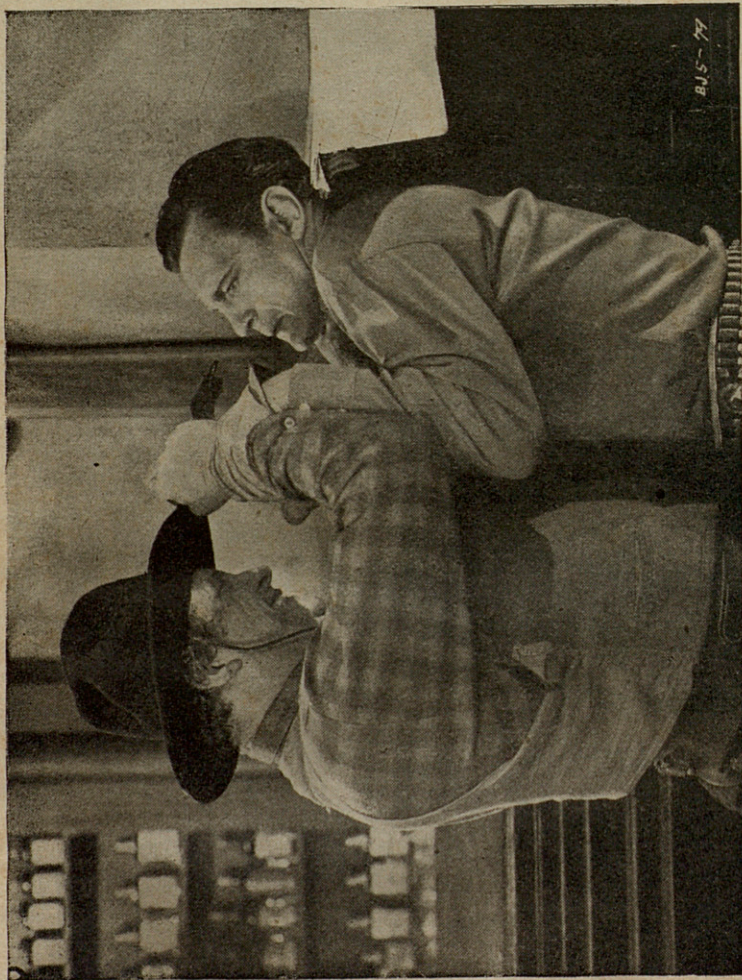
—Salgamos afuera; es un asunto muy delicado.

Conida siguió al astuto sargento a la calle, y éste, antes de trasponer la puerta a su espalda, aprovechó un instante para guiñar inteligentemente el ojo a Pepe indicándole que saliera rápidamente del establecimiento por otra puerta destinada al servicio que comunicaba con la parte posterior del edificio.

Después llevó a Conida a unos cuantos pasos de la entrada del cafetín y, encarándose con él, espetóle con voz ronca por



Con sus relucientes revólveres les invitaron a levantar los brazos en alto.



El temible bandido empuñó el pedazo de botella rota que tenía el filo de un puñal...

la emoción y el coraje estas palabras que tanto tiempo había tenido que ahogar en su pecho:

—¿Quieres saber el nombre del traidor, del que llevó a tus secuaces a las cárceles de la guardia rural canadiense?

—Sí...

—Es Joaquín, el sargento de esa misma guardia rural, es decir, yo, el hermano del comandante Barry que asesinaste. ¡Toma, asesino!

Y antes de que Conida pudiese reaccionar de su descomunal estupor, el bizarro mancebo descargó sobre su mentón un puñetazo de hierro que le revolcó por el piso. Acto seguido saltó sobre su caballo y emprendió la huida.

Conida se incorporó y bramando de cólera descargó sobre el jinete fugitivo toda la carga de su revólver, pero ya aquél zigzagueaba con maestría, a todo galope de su cabalgadura, por las últimas callejuelas del poblado, y el plomo se perdió en el aire sin rozarle un solo pelo.

Los diez desalmados de la gavilla salieron estrepitosamente del cafetín, alarmados por el disparo.

—¡Es él! ¡Es él...! — no cesaba de gritar el bandido braceando aparatosamente como un gorila enfurecido.

—¿Quién? — demandaron a un mismo tiempo los rufianes.

—¡El traidor, Joaquín el de la guardia rural canadiense!

—¿El que fingía llamarse Revert?

—¡Sí, maldición, él es!

No hubo necesidad de que Conida les ordenase montar a caballo y emprender la persecución del valeroso joven, harto lo hicieron con un brío que los habría honrado y acreditado como centauros inimitables si lo hubiesen empleado para mejor causa. El terror les daba alas; no ignoraban que un sargento de guardias rurales que emprendía la huida después de saber donde ellos tenían la guarida lo hacía para ir a delatarlos, y esto, que significaba la horca para ellos, sólo podían evitarlo cortándole la retirada con un certero balazo a la cabeza.

Joaquín, que montaba un verdadero rayo, había puesto tanta tierra de por medio que era imposible que fuese alcanzado. No obstante, pronto comenzó a rondar su cabeza el mosconeado de las balas. La gavilla lo seguía a todo galope, levantando nubes de polvo, a una distancia enorme que, con todo, el raso de los bosques y de las praderas y las dilatadas extensiones montuosas parecían acortar al ponerlos recíprocamente a la vista.

El primer moscardón de plomo que pasó rozándole la cabeza le arrancó un alarido de entusiasmo.

—¡Eso habrá sido un plan de gran maestro... eso va a pedir de boca!

Se necesitaba ser Joaquín, de la guardia rural canadiense, para experimentar el júbilo de las grandes y agradables so-

lemnidades al ser ametrallado y rondar las estancias lúgubres de la muerte. Pero es que el caso valía la pena. ¿Quién no sentiría alegría al ver que un plan audaz y erizado de peligros e insuperables dificultades, largo tiempo elaborado, se realiza con matemática precisión?

Inmediatamente torció insensiblemente la cabeza de su alazán en dirección noroeste y hundió sin piedad las espuelas en la carne del caballo. Este arreció la carrera, emprendiendo recto y seguro la marcha en dirección a la frontera canadiense. Joaquín volvió la cabeza hacia sus perseguidores, y, al ver que a pesar de su cambio de ruta continuaban persiguiéndole con igual saña y fogosidad, rió con alegría, y ya sólo se preocupó de sortear la caricia mortal de los proyectiles ladeándose con soltura y habilidad para sumergirse en la ardiente polvareda que levantaba su veloz montura y guardándose, como de escaldarse, de hostilizar a sus perseguidores: esto hubiera podido determinar el que éstos dejaran de perseguirlo y el plan de nuestro amigo, como habremos podido adivinar, no era otro que el de conducir a aquellos desalmados hasta el Canadá. Acabaría con la banda Conida sin haber derramado una sola gota de sangre.

Todo lo tenía previsto y preparado. Pepe se sabía de memoria sus instrucciones, y, en cuanto al salir de «El Búfalo» le guiñó el ojo, aquél sabía perfectamente a lo que equivalía el signo, y, montando en silla, corrió como una centella al puesto de guardias para notificar al comandante que Conida atravesaría la frontera a las seis de la tarde con toda su gavilla.

La operación, pues, había de ser matemática: Joaquín fingiría huir hasta la frontera, los guardias aguardarían en las cercanías de ésta y a la llegada de los bandidos se precipitarían sobre ellos, envolviéndolos y atacándolos a tiro limpio.

El cálculo había sido hecho con tanta precisión, que no falló uno solo de sus términos. Pepe se adelantó a los guardias rurales, y, viniendo al encuentro de Joaquín, que llegaba casi volando al término de su carrera, le dijo precipitadamente:

—Todo está preparado. ¿Qué: vienen?

—¡Sin faltar uno solo! — respondió el valiente muchacho con la voz truncada por un salto brusco y salvaje de su bruto.

—¿Están aún muy lejos?

Joaquín no tuvo tiempo de contestar: los revólveres de los guardias rurales lo hicieron por él. La Cuadrilla de Conida hallaba la barrera de fuego de los mocetones de la guardia rural.

En la furia de su carrera habían atravesado la frontera, metiéndose en el Canadá, casi sin advertirlo. Los guardias podían moverse ahora en completa libertad y actuar de conformidad con la Ley. La primera descarga derribó a dos ruñanes,

y acució a los demás a volver precipitada y desordenadamente sobre sus pasos para ponerse a la defensiva o huir. Mas esto les fué imposible: los guardias los habían rodeado.

Joaquín entró en combate, y pronto su revólver ardió materialmente en su nervuda mano; tanto era el plomo que soltaba. En toda el área en que se desarrollaba la lucha caía una lluvia de hojas; las balas tronchaban las ramas bajas que las cabezas de los jinetes rozaban en el ir y venir nervioso del combate.

Los guardias rurales estrecharon el cerco con tanto brío, que los pocos bandidos que todavía se sostenían con vida sobre su silla se vieron obligados a entregarse. La primera providencia de Joaquín fué la de asegurarse de que en la redada había caído también el siniestro Conida. Cuando se disponía a pasar revista de ellos, oyó como si una ráfaga agitase las arborescencias cercanas: Conida había escapado al cerco y huía con las energías que le quedaban todavía a su caballo.

—¡Conducid a esa canalla al fuerte! —gritó Joaquín, pálido de emoción—. Yo voy por Conida. No volveré sin él.

El feroz bandido ya no era más que una fiera acorralada, pero precisamente por eso su acción era aún más temible si no se tenía la lucidez de encontrar un medio fulminante de vencerlo.

El tormento que nuestro valiente mozo infligió a su fiel bruto con la aguda y acerada punta de las espuelas sólo podría contarle el animoso animal si Dios le concediera el hermoso don de la palabra. Alas hubiera dado al corcel si un taumaturgo se las hubiese ofrecido con el extremo mágico de su varita poderosa. Conida, como a su vez era espolcado por el terror, lanzó su caballo a una carrera verdaderamente fantástica y logró llegar a Váldez llevando todavía una ligera ventaja a su perseguidor.

El instinto de conservación, y también la postrera y suprema esperanza, que no falta nunca a la desesperación de hallar todavía algún amigo dispuesto a jugarse la vida por él, lo condujeron allí.

Descabalgó de un salto, y, con las señales más ostensibles del espanto, empuñó su revólver metiéndose en el cafetín, dispuesto a hacerle su fortaleza hasta vencer o morir. Caminaba de espaldas, con el arma encañonada hacia la puerta, pues los cascos de la caballería de Joaquín se oían sobre el duro terreno de la calle y el combativo muchacho no tardaría en entrar. Sus ojos desorbitados atisbaban la puerta, y el dedo que tenía contacto con el gatillo de su arma temblaba de miedo y de impaciencia, pronto a soltar la mortífera carga del reluciente cilindro.

La presencia del siniestro jefecillo en el establecimiento en esta expresiva actitud, provocó tal pánico, que, después de

oírse la consabida gritería por parte de las mujeres, el patio quedó en breve totalmente limpio de parroquianos. Ana, que en aquel momento se hallaba abajo, se apresuró a subir a su piso, palpitándole el corazón aceleradamente por suponer que aquella actitud de Conida no podía ser provocada más que por su amado Joaquín, y que la lucha sorda de entrambos hombres había entrado en su fase decisiva.

Sin embargo, todas estas precauciones del rudo asesino eran completamente estériles. El avisado sargento, después de apearse al pie de la entrada de «El Búfalo», presumióse todo lo que ocurría en el interior, y, en lugar de introducirse en él al través de la puerta, lo hizo trepando con felina agilidad por la pared. Había en esta algunos salientes de tabla irregularmente dispuestos que sirvieron al diestro caballista de oportunísima y casi cómoda escala. Cuidando de que sus altos coturnos de montar no repiqueteasen por sobre de la madera, alcanzó el piso de la casa por la parte exterior. Y todo esto mientras el zafio bandolero estaba esperándole de cara a la puerta.

Con una rapidez asombrosa metióse por una de las ventanas y penetró en un angosto corredor. De repente, una de las numerosas puertas que había a ambos lados se abrió.

—¡Joaquín! — le llamó una voz en gracioso falsete para evitar el ser oída.

El valiente mozo ahogó, con una contracción jubilosa de todo su pecho, el grito de feliz sorpresa que le arrancó la presencia de la propia Ana. La joven se disponía a asomarse a una ventana para avisarlo de la posición de Conida.

—Ana, un ángel te envía. Oye, pronto: dime dónde está la escalera. Abajo me espera Conida...

—Ya lo sé —respondió quedo la joven, mirando al sargento con ahustia—. Joaquín, temo por ti... ¿Qué te propones hacer?

—Nada, muñequita; tranquilízate... Es decir, tan poco como nada... ¡bueno! A ver si me conduces hasta el pie de la escalera que lleva al piso del café.

La amante muchacha llevó al bravo caballista a su habitación, abrió luego una puerta.

—¡Ahí — dijo leve como un suspiro.

Asomóse Joaquín. El corazón le dió un vuelco y su rostro anguloso y simpaticote dibujó una sonrisa vigorosa: abajo, colocado en medio de la pieza solitaria que servía de café vivó a Conida, temblando ligeramente sobre sus piernas de coloso, de cara a la puerta, a la que seguía apuntando su revólver.

Poco podía imaginarse que su mortal enemigo, aquel a quien esperaba ver aparecer de un momento a otro en el marco de la puerta, estaba contemplándolo tranquilamente a unos metros por encima de su cabeza. La ansiedad del asesino

era doblemente angustiosa por efecto de la oscuridad que reinaba al exterior. Anochece, y en el cafetín ardía ya la lámpara de petróleo. La luz incierta que esparcía este cachiache rudimentario, estiraba las sombras de los objetos haciéndolas cabriolar fantásticamente alrededor de la puerta en una oscilación constante.

Joaquín meditó un instante el plan de ataque. Miró la única lámpara de petróleo que colgaba del techo; estaba colocada en medio de la sala, pero en forma que, vista desde el sitio en que se hallaba él, daba la sensación de ocupar un ángulo. De imaginación rápida y vivaz, Joaquín planteóse el problema en pocos segundos: colocarse a tiro de la lámpara, romperla para dejar el cafetín a oscuras y luego arrojarla encima de Conida desde lo alto del piso.

La sala de «El Búfalo» estaba rodeada a la altura del primer piso de un entarimado saliente o galería, que servía de acceso a las diferentes habitaciones ocupadas por los huéspedes. Era, pues, cuestión de correrse unos pies por el entarimado sin que Conida, desde abajo, lo advirtiera y podría lanzarse al ataque con todas las probabilidades de éxito.

Ana, detrás de él, tenía el corazón en vilo; pero el mozo respiraba con toda normalidad, y hasta sonreía de coraje. Quitóse las gruesas botas de vaquero para no remover la tabla al andar, y, con ellas en la mano, corrióse por el entarimado sigilosamente hasta colocarse en sitio conveniente. Seguidamente blandió una bota, afinó la puntería, esa puntería que no le fallaba nunca, y soltó el «proyector». En el silencio del cafetín sonó ruido de cristales, y la lámpara de petróleo saltó al suelo hecha pedazos.

Al quedar el establecimiento a oscuras, Conida, adivinando que el ataque se le preparaba allá arriba, disparó toda la carga de su revólver hacia el entarimado, sobre la dirección precisa de la lámpara, mas ya Joaquín había cuidado de correrse unos metros a la derecha para que el plomo, en vez de incrustarse en la preciosa tapa de sus sesos, perforase libremente la pared de tabla. Y, en menos de lo que se tarda en soltar un amén piadoso, encaramóse al antepecho de la galería y se arrojó sobre el bandido en un salto fantástico.

Conida no pudo sostener su peso y rodó por el suelo haciendo de magnífico parachoques al bravo sargento. La sorpresa había sido fulminante; pero, como era fuerte de músculos, logró incorporarse, aprestándose a la lucha. Joaquín no esperó que su adversario tomase la iniciativa: pronto le ganó la mano, largándole un rosario de boleas que tuvieron por contrapelo el canto del mostrador en el que la cabeza enorme del bandido sacudió duramente los mocos y la baba que la salpicaban. Replicó Conida un segundo con resultado escaso, y, al darse cuenta, por la mostaza que los impetuosos puños

del sargento colocaban en sus quijadas, que tenía la partida irremisiblemente perdida, arrebató una botella de encima del mostrador y, rompiéndola contra el canto del mismo, empuñó el pedazo que correspondía al gollete a manera de puñal y se abalanzó sobre Joaquín. El vidrio, al ser roto, había tomado la forma de una daga espantosa de dos filos. El revólver del bravo joven estaba en el suelo, a una distancia imposible, así como el de su adversario que lo había perdido en el forcejeo de la lucha.

Conida dejó caer la mano tan terriblemente armada en el cuello de Joaquín. Pero antes de que lograra hundir su arma en la carne, los dedos nervudos del sargento agarraron a la muñeca robusta del bandido deteniéndola en su camino escalofriante. Por algunos segundos oyó solamente, en el silencio profundo y emocionado del café, la respiración jadeante de los dos luchadores: la de Conida, en el esfuerzo sobrehumano por vencer la resistencia de la mano de su enemigo; la de Joaquín, batallando por prestar a sus músculos de acero toda la fuerza de contención que precisaba para evitar que la del bandido le cortase el cuello en un tajo terrible.

Fueron unos segundos de emoción inenarrable, durante los cuales los parroquianos del café, que habían salido de su escondite movidos por el interés de la lucha, siguieron con la vista horrorizada las oscilaciones de las dos manos, como si en ellas estuviese concentrada una viva fuerza de atracción. Era una competición a muerte entre dos pulsos robustos y bien templados: únicamente la resistencia tenía que decidir la victoria.

Esta fué para Joaquín. Más joven y más avezado a la lucha cuerpo a cuerpo, torció la muñeca del bandido, y, con la presión de sus dedos, obligó a soltar el gollete de la botella. Aprovechando la misma brazada, descargó en su mandíbula brutal tan brioso puñetazo, que el rufián, describiendo una parábola rigurosamente geométrica, vino a meterse de cabeza entre los hierros de una de las mesas, derribándola y quedando él debajo. Joaquín se arrojó sobre él y, engrapándole el cuello con entrambas manos, trató, ya sin titubeos ni escrúpulos, de estrangularlo. Su deseo había sido siempre el de prender al sanguinario cuatrero vivo; pero, ya que éste prefería morir, no tenía más remedio que matarlo.

En la desesperación de la agonía, Conida se dió cuenta de que uno de los revólveres que yacía en el suelo estaba al alcance de su mano. En un esfuerzo supremo, logró alargar el brazo, y la mano crispada empuñó el arma.

En este instante la puerta del cafetín se abrió para dar paso a Pepe. Al ver que Joaquín tardaba en regresar al puesto, temió por él y llegaba dispuesto a sacarlo de las garras de la muerte.

La mesa junto a la cual se consumaba la encarnizada lucha había quedado volcada en forma que su piso, de cara a la puerta, ocultaba la cabeza y el busto de ambos luchadores.

Y Pepe soltó un alarido lacerante cuando vió que la mano armada de Conida se contraía detrás de la mesa buscando el pecho del bravo sargento...

Siguió un forcejeo breve aún y sonó un disparo, una detonación que repercutió en el pecho de Pepe como la descarga fulminante de un rayo... Los dos luchadores quedaron inmóviles; sus piernas, la única parte de su cuerpo que era visible por detrás de la mesa a los ojos de Pepe y de los concurrentes horrorizados, se distendieron penosamente como los miembros de un muerto que ha tenido una larga y dolorosa agonía... ¿A cuál de los dos había herido la bala?

—¡Joaquín! — gritó Pepe con acento desgarrador, mientras se abalanzaba al grupo de los luchadores... inmóviles.

Incorporó a su amado sargento, casi a su hermano espiritual. ¡Vivía! El intrépido caballista había podido desviar el revólver hacia el pecho de su adversario, y éste se había matado a sí mismo...

La banda Conida ya no existía, y Alaska y el Canadá recobraron la paz para sus inmensas praderas silenciosas y sus bosques frondosos...

Pepe volvió a pasear su rumboso uniforme por las eternas soledades. Joaquín también, pero ya no solo. Al abandonar «El Búfalo» llevóse con él a la gentil Ana. La amaba con toda la fuerza de su alma y quería hacerla su esposa. No es necesario decir que ella lo siguió, enamorada hasta el fondo de su tierno corazón.

Cuando el apuesto caballista estuvo curado de sus heridas, quiso reconstruir la escena de aquel día memorable en que un feliz azar acercó sus vidas en la selva virgen, al pie de la frontera de Alaska. Quería vivir el goce inefable de mirarla allí con ojos nuevos, con los ojos de su gran amor.

—¡Te amo! — le susurró con rendida ternura—. Deja que te bese aquí entre los pájaros inocentes, bajo el clemente cielo azul.

F I N

Editadas

- *Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- 4. *La vida de la Bohème*, por Marta Eggerth y Jan Kiepura.
- 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- 6. *Cuando volbamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costall*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rokk y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- 27. *Crepusculo Rojo*, por Rodolf Forster.
- 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 37. *Un par de Gitanos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 38. *La Vos seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 39. *Rosalie*, por Eleanor Powell y Nelson Eddy.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 41. *Quesos y Besos*, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
- 42. *La hija de Drácula*, por Gloria Holden y Otto Kruger.
- 43. *El beso revelador*, por Warren William y Gail Patrick.
- 44. *El ocaso del poder*, por Buck Jones y Dorothy Dix.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Águilas heróicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- 51. *La bailarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matterstock y Gusti Huber.
- 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Wolga-Wolga*, por Hans Adalbert y Wera Engels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho*, por Lillian Harvey y Paul Staal.
- 57. *Búscuenme una novia*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.

* Agotadas.

10 e

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILÉN, 154

BARCELONA

N.º 60